

¿Griego o hebreo? Agustín y Jerónimo sobre la traducción bíblica

Kato, Teppei

<https://hdl.handle.net/2324/7343243>

出版情報 : Augustinus. 64 (252/253), pp.173-185, 2019. Philosophy Documentation Center
バージョン :
権利関係 :



¿Griego o hebreo? Agustín y Jerónimo sobre la traducción bíblica*

Resumen: Este artículo aborda el tema principal en la discusión entre Agustín y Jerónimo sobre la traducción bíblica, centrándose en sus puntos de vista sobre la lengua del texto del que procede la traducción. Según el estudio histórico de la traducción, los traductores en el tiempo de Cicerón podían mostrar su creatividad, ya que presuponían la habilidad del lector para comparar el texto griego con la traducción latina. Cicerón, de este modo, escogió la traducción libre como su propio principio. Agustín esperaba que los lectores de la Biblia compararan el texto original con la traducción, señalando que el texto de que se debería partir era el de la Biblia griega, a saber, los LXX. No obstante, Agustín prefería la traducción literal, ya que creía que era poca la comprensión que el lector tenía del texto del que se había hecho la traducción. Jerónimo, por otro lado, suponía lectores de un nivel más elevado, por lo que básicamente adoptó el método de la traducción libre, un método que podía aplicarse a cualquier obra literaria, incluida la Biblia. Más aún, ya que Jerónimo aceptó el texto hebreo como el texto del cual había que partir, rechazó la autoridad de los LXX, recomendaba a los lectores no hebreos, que preguntaran a los judíos, que examinaran la exactitud de su traducción. Además, como Agustín y Jerónimo tenían diferentes actitudes frente a la traducción, también tenían diferentes puntos de vista sobre el estado ideológico de los LXX. Agustín permitía que los LXX fuera una traducción libre, mientras que Jerónimo pedía estrictamente que esta fuera una traducción literal, aunque sus teorías de traducción fueran opuestas respectivamente.

Abstract: This article elucidates the main topic in the discussion between Augustine and Jerome about biblical translation, by focusing on their views about the language of the source text of translation. According to the historical study of translation, translators at the time of Cicero were allowed to show their creativity, since they presupposed the reader's ability to compare the Greek text with the

* El presente artículo fue publicado en: M. VINZENT (ed.), *Studia Patristica* XCVIII: *Papers presented at the Seventeenth International Conference on Patristic Studies held in Oxford 2015*. Volume 24: *St. Augustine and his Opponents*. pp. 109-120. El artículo se publica con el expreso consentimiento del autor y de la editorial Peeters, a quienes agradecemos su generosidad.

Latin translation. Cicero, accordingly, chose free translation as his own principle. Augustine expected the readers of the Bible to compare the source text with the translation, claiming that the source text should be the Greek Bible, namely, the LXX. However, Augustine preferred literal translation, for he estimated the reader's comprehension of the source text to be low. Jerome, on the other hand, anticipated the readers at a high level, so that he basically adopted free translation as a translation method of any kind of literary work, including the Bible. Moreover, since Jerome accepted the Hebrew text as the original text, rejecting the authority of the LXX, he recommended the non-Hebrew readers ask the Hebrews to examine the accuracy of his translation. In addition, as Augustine and Jerome have different attitudes towards translation, they also have different views on the ideological state of the LXX: Augustine allowed the LXX to be a free translation, while Jerome strictly demanded it to be a literal translation, even though their own translation theories are opposite, respectively.

1. INTRODUCCIÓN

La diferencia en la forma de comprender el «Antiguo Testamento» entre Agustín y Jerónimo es generalmente considerada como algo basado en su interpretación teológica sobre el origen de los LXX¹: Agustín había heredado la comprensión de Filón y de sus seguidores, al aceptar el origen divino de los LXX, y lo consideraba más legítimo que el texto hebreo. En vista de que los LXX traductores habían sido inspirados por el Espíritu Santo, dice Agustín, la profecía recogida en el texto original fue actualizada durante la traducción. Por otro lado, Jerónimo, siguiendo los relatos «históricos» recogidos en la *Carta de Aristeas* y en las obras de Josefo, señala que el texto de los LXX era poco fiable, ya que los traductores habían hecho intencionadamente una traducción diferente del texto original. Por tanto, Jerónimo rechaza la autoridad de los LXX, que había sido ampliamente aceptada en la Iglesia, y señala la necesidad de regresar a la «verdad hebreaica» (*hebraica ueritas*).

Esta explicación es todavía razonable, pero podemos más simplemente exponer la diferencia entre los dos centrándonos en sus puntos de vista sobre el lenguaje del texto original a ser traducido. ¿Por qué Agustín se adhiere especialmente al texto griego, no al original hebreo, como el texto original del Antiguo Testamento? ¿Por qué Jerónimo nunca se cansa de

1 Cf., por ejemplo, W. SCHWARZ, *Principles and Problems of Biblical Translation: Some Reformation Controversies and their Background*, Cambridge, 1970, 17-44; Martin HENGEL, «Die Septuaginta als "christliche Schriftensammlung", ihre Vorgeschichte und das Problem ihres Kanons», en Martin HENGEL - Anna Maria SCHWEMER (eds), *Die Septuaginta zwischen Judentum und Christentum*, WUNT 72, Tübingen, 1994, 182-284; Mogens MÜLLER, *The First Bible of the Church: A Plea for the Septuagint*, Journal for the Study of the Old Testament Supplement Series 206, Sheffield, 1996, 68-97.

afirmar la importancia del texto hebreo sobre el texto griego al momento de traducir el Antiguo Testamento? Para responder estas preguntas, examinaremos primero la historia de la teoría de la traducción que comenzó con Cicerón, y posteriormente aplicaremos el «principio de comparación» entre el texto original y la traducción, tanto a la actitud de Agustín como a la de Jerónimo con respecto a la traducción bíblica.

2. CICERÓN Y LA TRADUCCIÓN EN LA LITERATURA LATINA

En la historia de la literatura latina, Cicerón es la primera persona que genuinamente hace una exposición sobre las traducciones². Cicerón era un teórico de la traducción, así como alguien que la practicaba. Fue él quien, de hecho, tradujo varios géneros de literatura griega, incluyendo la épica didáctica (*Phaenomena* de Aratus), los diálogos filosóficos (el *Timaeus* y *Protagoras* de Platón), y oraciones (*Contra Ctesiphon* de Aeschines y el *De Corona* de Demóstenes). Para Cicerón hacer una traducción es no solo una forma de conocer el contenido de la literatura griega, sino que es también la manera de tener un buen dominio del latín, al imitar la retórica de la literatura griega³. Por ello, Cicerón tradujo oraciones griegas como si los oradores originariamente las hubieran presentado en latín. Esta actitud de un traductor que intenta competir con el autor del texto original, es posteriormente llamada por Quintiliano «rivalidad» (*aemulatio*)⁴. Más aún, en *La mejor clase de oradores* 5, 14, Cicerón presenta la dicotomía entre la traducción libre y la literal, prefiriendo la primera:

Para decir que he traducido las más famosas oraciones de los dos oradores áticos más elocuentes, Esquines y Demóstenes, oraciones que ellos presentaron el uno contra el otro. Y yo no las traduje como un intérprete, sino como un orador, conservando las mismas ideas y formas, o como diría uno, las «figuras» de pensa-

2 Sobre Cicerón como traductor, Cf., por ejemplo, Georges CUENDET, «Cicéron et Saint Jérôme traducteurs», *RÉL* 11 (1933), 380-400; Siobhán McELDUFF, *Roman Theories of Translation: Surpassing the Source*, Routledge Monographs in Classical Studies 14, London, 2013, 96-121. Incluso antes del tiempo de Cicerón, la traducción jugó un papel importante en la historia de la literatura latina. De hecho, Cuendet afirma que la historia de la literatura latina comienza con la traducción. Por ejemplo Livio Andrónico, quien era originariamente un esclavo griego, pero llegó a ser considerado como el primer escritor latino, tradujo la Odisea así como algunas tragedias y comedias, que se convirtieron en las primeras obras épicas y dramáticas de la literatura latina. Es decir, la literatura latina se originó con las traducciones de la literatura griega y con un traductor griego.

3 La forma de entender que tenía Cicerón de la traducción como una práctica de retórica es posteriormente continuada por Plinio el Joven. En su *ep.* 7.9.2-3, Plinio recomienda a los lectores no solo traducir las oraciones griegas al latín, sino también las oraciones latinas al griego como una práctica retórica.

4 Cf. QUINTILIANO, *Institutio oratoria* 10.5.5 (Donald A. Russell [ed.], *Quintilian: The Orator's Education* 4, LCL 127 [Cambridge, Mass., 2014], 358): «*Neque ego paraphrasim esse interpretationem tantum volo, sed circa eosdem sensus certamen atque aemulationem*».

miento, pero con un lenguaje que se acomoda a nuestro uso. Y haciendo esto, no consideré necesario traducir palabra por palabra, sino que he preservado el estilo general y la fuerza del lenguaje. Porque no pienso que debería contarlas para el lector como si fueran monedas, sino que debía pagarlas por peso, como hice⁵.

Según Cicerón, la traducción literal es la forma de «contar palabras como monedas» (*adnumerare*) para dar el mismo número de palabras latinas como las que tiene el texto en el original griego, mientras que la traducción libre es la forma de «pagar las palabras por peso» (*appendere*) dar el mismo significado de una frase aunque el número de palabras de la traducción difiera del número de palabras del texto original. Es decir, Cicerón, no solo como mero traductor, sino también como orador, hizo traducción libre, de tal forma que rivalizaba con el autor griego del texto original.

De acuerdo al estudio histórico de la traducción, hay una razón más por la que Cicerón adoptó la traducción libre: Cicerón no tenía que dar importancia a la diferencia entre el texto original y la traducción, ya que la gente culta de Roma podía leer y entender el griego por ellos mismos⁶. Los intelectuales romanos que leían la traducción de Cicerón no siempre necesitaban conocer el contenido de los textos originales. Si conocían el contenido, disfrutaban leyendo la traducción artísticamente preparada por Cicerón, como un metatexto⁷. En vista de que los lectores podían acceder a los textos originales, y también que no necesitaban traducciones literales, los traductores se veían exentos de la responsabilidad de reproducir la expresión de los textos originales con fidelidad, y podían desplegar totalmente su arte retórica, desviándose de los textos originales.

3. LA TEORÍA DE LA TRADUCCIÓN DE JERÓNIMO

Jerónimo prácticamente heredó la teoría de la traducción de Cicerón. Aceptando la dicotomía entre la traducción libre y literal, Jerónimo valoraba la tradición de la traducción literal en la historia de la traducción bíblica,

5 CICERÓN, *De optimo genere oratorum* 5.14 (Harry M. Hubbell [ed.], *Cicero: De Inventione; De Optimo Genere Oratorum; Topica*, LCL 386 [Cambridge, Mass., 1976], 365): «*Converti enim ex Atticis duorum eloquentissimorum nobilissimas orationes inter seque contrarias, Aeschini et Demostheni; nec converti ut interpretes, sed ut orator, sentiatis isdem et earum formis tamquam figuris, verbis adnostram consuetudinem aptis. In quibus non verbum pro verbo necesse habui reddere, sed genus omne verborum vimque servavi. Non enim ea me adnumerare lectori putavi oportere, sed tamquam appendere*».

6 Susan BASSNETT, *Translation Studies* (3rd ed.), London, 2002, 48-51; Benjamin G. WRIGHT III, «Access to the Source: Cicero, Ben Sira, The Septuagint and Their Audiences», *JSJ* 34 (2003), 1-27, esp. 8-9; Theo A. W. VAN DER LOUW, *Transformations in the Septuagint: Towards an Interaction of Septuagint Studies and Translation Studies*, Contributions to Biblical Exegesis & Theology 47, Leuven, 2007, 35-46; Jeremy MUNDAY, *Introducing Translation Studies: Theories and Applications* (2nd ed.), New York, 2008 (2001), 20.

7 Astrid SEELE, *Römische Übersetzer, Nöte, Freiheiten, Absichten: Verfahren des literarischen Übersetzens in der griechisch-römischen Antike*, Darmstadt, 1995, 10-11.

pero básicamente adoptó la traducción libre como su propia teoría. En lo relativo a la teoría de la traducción de Jerónimo, la siguiente frase de su *ep.* 57 titulada «Sobre el mejor método para traducir», ha recibido una considerable atención: «Yo mismo no solo admito, sino que libremente proclamo que al traducir del griego –excepto en el caso de la Sagrada Escritura, donde incluso el orden de las palabras es un misterio– traduzco sentido por sentido, y no palabra por palabra»⁸. Basados en esta afirmación, muchos estudiosos creen que Jerónimo tradujo libremente algunas obras literarias diferentes de la Biblia, incluyendo las obras de algunos Padres de la Iglesia griegos, mientras que tradujo la Biblia palabra por palabra⁹.

No obstante, según Adam Kamesar, no debemos tomar esta afirmación como si Jerónimo hubiera traducido la Biblia palabra por palabra, sino más bien que Jerónimo simplemente explicó el método de la traducción literal que había sido tradicionalmente aceptado para la traducción bíblica, como en el caso de Aquila y las antiguas versiones latinas¹⁰. Ciertamente Jerónimo ocasionalmente asume un acercamiento flexible, por ejemplo diciendo que ha hecho una traducción del libro de Job, en el que a veces las palabras y a veces el sentido, y en ocasiones ambos, «hacen eco simultáneamente»¹¹. No obstante, en otro lugar declara que ha traducido la Biblia según el sentido, sin insistir en el orden de las palabras (*ep.* 112, 19; *ep.* 106, 3, 29, 30, 54, 55)¹². Es decir, que Jerónimo básicamente adoptó la traducción libre como

8 JERÓNIMO, *ep.* 57, 5, 2. CSEL 54, ed. Isidor Hilberg (Wien, 1910), 508: «*Ego enim non solum fateor, sed libera voce profiteor me in interpretatione Graecorum absque scripturis sanctis, ubi et verborum ordo mysterium est, non verbum e verbo, sed sensum exprimere de sensu*». Sobre los detalles de la carta 57 de Jerónimo, Cf., por ejemplo: Gerard J. M. BARTELINK, «Quelques observations sur la lettre LVII de S. Jérôme», *RBen* 86 (1976), 296-306; *id.*, *Hieronymus, Liber de Optimo Genere Interpretandi* (Epistula 57): *Ein Kommentar*, Mnemosyne Supplements 61, Leiden, 1980; Michel BANNIARD, «Jérôme et l'elegantia d'après le *De optimo genere interpretandi*», en Yves-Marie DUVAL (ed.), *Jérôme entre l'occident et l'orient: XVI^e centenaire du départ de saint Jérôme de Rome et de son installation à Bethléem. Actes du Colloque de Chantilly. Septembre 1986*, Paris, 1988, 305-22.

9 G. CUENDET, «Cicéron et Saint Jérôme» (1933), 383; J. N. D. KELLY, *Jerome: His Life, Writings, and Controversies*, London, 1975, 203; Daniel WEISSBORT - Astradur EYSTEINSSON (eds), *Translation – Theory and Practice: A Historical Reader*, Oxford, 2006, 28-9.

10 Adam KAMESAR, «Jerome», en James C. PAGET - Joachim SCHAPER (eds), *The New Cambridge History of the Bible* 1, Cambridge, 2013, 653-75, esp. 669. Sobre la historia y las técnicas de la traducción literal, Cf. Sebastian BROCK, «Aspects of Translation Technique in Antiquity», *GRBS* 20 (1979), 69-87; James BARR, «The Typology of Literalism in Ancient Biblical Translations», *Mitteilungen des Septuaginta-Unternehmens* 15 (1979), 279-325.

11 JERÓNIMO, *Praef. in Job* (*Biblia Sacra iuxta Vulgatam Versionem*, ed. Robert Weber and Roger Gryson [5th ed.; Stuttgart, 2007], 731): «*Haec autem translatio (...) nunc verba, nunc sensus, nunc simul utrumque resonabit*».

12 De hecho, la traducción latina de Jerónimo de la Biblia contiene muchos versillos que no siempre reflejan las palabras del texto original. Algunos especialistas simplemente explican este fenómeno como una traducción equivocada causada por la insuficiente competencia o ignorancia de Jerónimo del hebreo (e.g. Pierre Nautin); otros explican que Jerónimo

su propia teoría, cuando traducía no solo las obras literarias diferentes de la Biblia, sino también la Biblia, sin excluir los casos en los que se necesitaba una traducción literal¹³.

Siguiendo la opinión de Kamesar, quisiera sugerir una cosa más. Como en el caso de Cicerón, Jerónimo añadió importancia a la traducción libre, ya que se anticipó al hecho de que los lectores iban a comparar su traducción con el texto original. Jerónimo escribió la obra *Sobre el mejor método para traducir* para justificar su posición, ya que sus oponentes lo acusaban de haber traducido mal la carta de Epifanio de Salamina dirigida a Juan de Jerusalén¹⁴. En vista de que esta carta era famosa por la discusión sobre la ortodoxia de Orígenes y por su elegancia estilística, muchos amigos de Jerónimo, como Eusebio de Cremona, querían leerla. Eusebio que no tenía un conocimiento completo del griego, pidió a Jerónimo que tradujera la carta y la resumiera para comprenderla más fácilmente. Aunque Jerónimo intentó en una ocasión rechazar la petición debido a sus ocupaciones, a regañadientes la aceptó, e hizo una traducción áspera. A condición de que Eusebio la guardara en privado. No obstante, alguien, que fue llamado por Jerónimo un «monje falso» robó la traducción del estudio de Eusebio, y se la dio a uno de los enemigos de Jerónimo para que la criticara. El enemigo criticó duramente a Jerónimo por haber alterado con su traducción las palabras de la carta original. En respuesta, Jerónimo escribió la obra *Sobre el mejor método para traducir*, para ofrecer un contraargumento, citando las

deliberadamente se desvió del texto hebreo para introducir algunas explicaciones midrasicas que le habían sido enseñadas por su maestros hebreos (e.g. Benjamin Kedar-Kopfstein). Sobre este tema, Cf. Pierre NAUTIN, «Hieronymus», en *TRE* 15, Berlín, 1986, 304-15; Benjamin KEDAR-KOPFSTEIN, «Jewish Traditions in the Writings of Jerome», en D. R. G. BEATTIE - M. J. MCNAMARA (eds.), *The Aramaic Bible: Targums in their Historical Context*, Journal for the Study of the Old Testament Supplement Series 166, Sheffield, 1994, 420-30; Michael GRAVES, *Jerome's Hebrew Philology: A Study Based on his Commentary on Jeremiah*, VCS 90, Leiden, 2007, 1-12.

13 William Adler tiene una opinión diferente: la afirmación de Jerónimo de preferir la traducción libre no tiene nada que ver con su propia teoría, sino de hecho era su pretensión deliberada para evitar las críticas por los errores de traducción. Por tanto, la postura auténtica de Jerónimo es, según Adler, la traducción literal. Cf. William ADLER, «*Ad Verbum* or *Ad Sensus*: The Christianization of a Latin Translation Formula in the Fourth Century», en John C. REEVES - John KAMPEN (eds.), *Pursuing the Text: Studies in Honor of Ben Zion Wacholder on the Occasion of his Seventieth Birthday*, Journal for the Study of the Old Testament Supplement Series 184, Sheffield, 1994, 321-48, esp. 336-40. De hecho Jerónimo en ocasiones afirma que ha traducido los libros bíblicos literalmente; por ejemplo, en el prefacio de Ester. No obstante, la afirmación de Jerónimo en su obra *Sobre el mejor método para traducir*, necesita ser leído a la luz de otras afirmaciones en las que declara haber traducido la Biblia según el sentido. Más aún, como hemos dicho en la nota 12. Jerónimo con frecuencia se desvía del método que hace la traducción bíblica palabra por palabra, y asume un acercamiento más flexible. Sobre este tema, Cf. W. SCHWARZ, *Principles and Problems* (1955), 35; Stefan REBENICH, *Jerome, The Early Church Fathers*, London, 2002, 101.

14 Sobre la controversia origenista entre Epifanio de Salamina y Juan de Jerusalén, y sobre su relación con Jerónimo, Cf. S. REBENICH, *Jerome* (2002), 41-51.

obras de traductores famosos, quienes adoptaron la traducción libre como su principio.

Como puede colegirse de estas circunstancias, los enemigos obviamente compararon la traducción de Jerónimo con el texto original cuando lo criticaban. Más aún, el hecho de que Jerónimo intentara rechazar la petición de traducción, debido a la falta de tiempo para pulir la traducción, naturalmente nos lleva a pensar que Jerónimo esperaba que el lector comparara su traducción con el texto original. Es verdad que en la cristiandad occidental en el siglo cuarto y quinto, el griego, que había sido usado como lenguaje de la Iglesia por mucho tiempo, estaba cediendo el paso al latín, tanto de nombre como en la realidad¹⁵, pero había un cierto número de personas cultas que todavía podían entender el griego, y leer y traducir textos, y hacer la comparación con el texto original, como en el tiempo de Cicerón. Por ello, la actitud por la que los lectores leen la traducción mientras la comparan con los textos originales es llamada «principio de comparación».

4. EL PRINCIPIO DE COMPARACIÓN EN LA TRADUCCIÓN

4.1. La actitud de Agustín frente a la traducción bíblica

¿Cómo se aplica este «principio de comparación» al texto original bíblico y a su traducción? Para examinar esta cuestión, la discusión en la correspondencia entre Agustín y Jerónimo sirve como una referencia útil¹⁶. Antes de estudiar su correspondencia, veamos en conjunto la posición de Agustín. Agustín en el *De Doctrina Christiana* 2, 13, 19, señala que los lectores de la Biblia necesitan poseer muchas traducciones literales, para que las puedan usar para corregir la libertad o los errores de otros traductores, quienes en sus traducciones han elegido seguir tanto el sentido como las

15 Maura K. LAFFERTY, «Translating Faith from Greek to Latin: *Romanitas* and *Christianitas* in Late Fourth-Century Rome and Milan», *J ECS* 11 (2003), 21-62, esp. 35-62; Alan CAMERON, «The Latin Revival of the Fourth Century», en Warren TREADGOLD (ed.), *Renaissances before the Renaissance*, Stanford, 1984, 42-58, 182-184.

16 Sobre la correspondencia entre Agustín y Jerónimo, Cf., por ejemplo, Donatien DE BRUYNE, «La correspondance échangée entre Augustin et Jérôme», *ZNW* 31 (1932), 233-248; Robert J. O'CONNELL, «When Saintly Fathers Feuded: The Correspondence between Augustine and Jerome», *Thought* 54 (1979), 344-64; Carolinne WHITE, *The Correspondence (394-419) between Jerome and Augustine of Hippo*, *Studies in Bible and Early Christianity* 23, Lewiston, New York, 1990; Ralph HENNINGS, *Der Briefwechsel zwischen Augustinus und Hieronymus und ihr Streit um den Kanon des Alten Testaments und die Auslegung von Gal. 2, 11-14*, *VCS* 21, Leiden, 1993; Alfons FÜRST, «Hieronymus und Augustinus», en Cornelius MAYER (ed.), *Augustinus-Lexikon* 3, Basel, 2004, 317-336; repr. en *id.*, *Von Origenes und Hieronymus zu Augustinus: Studien zur antiken Theologiegeschichte*, *Arbeiten zur Kirchengeschichte* 115, Berlin, 2011, 337-358.

palabras¹⁷. Aquí claramente vemos que Agustín también comparte el «principio de comparación» entre el texto original y la traducción. No obstante, contrariamente a Cicerón y a Jerónimo, Agustín prefería la traducción literal, porque consideraba que la traducción literal era más útil que la traducción libre, cuando los lectores de la traducción hacían referencia al texto original. Por decirlo de otra manera, Agustín no esperaba tener lectores que fueran tan cultos que pudieran valorar, o incluso disfrutar, tanto el texto original, como el texto traducido libremente, sino más bien lectores que solo pudieran comparar el texto original y el texto traducido literalmente, palabra por palabra.

En su carta dirigida a Jerónimo (*ep.* 71, 4), Agustín declara su propio punto de vista sobre la traducción bíblica:

Cierto, sin embargo yo quisiera que tradujeras tan sólo las Escrituras canónicas griegas, que corren bajo el nombre de los Setenta traductores (LXX). Si tu traducción del hebreo comienza a leerse con frecuencia en muchas iglesias, va a ser doloroso que las iglesias latinas no vayan de acuerdo con las griegas, máxime teniendo en cuenta que es fácil señalar con el dedo a un disidente con sólo abrir los códices griegos, es decir, en una lengua conocidísima. Por el contrario, supongamos que a alguien le cause extrañeza un pasaje insólito en la traducción del hebreo y quiera acusarte de delito de falsificación: no se hallarán casi nunca, o nunca, testimonios hebreos en defensa de dicho pasaje. Y aunque llegare a haberlos, ¿quién tolerará que condenes tantas autoridades griegas y latinas? Añádase a esto que los judíos consultados pueden contestar a su vez con otra traducción distinta; en ese caso, tú serás el único que podrás convencerlos¹⁸.

Aquí Agustín critica a Jerónimo por traducir la Biblia del texto hebreo y le pide que haga una nueva traducción según los LXX. Una de las razones por las que Agustín hizo eso, es que esta traducción griega era vista como más autorizada que el original hebreo en la Iglesia. En su *De Doctrina*

17 Cf. *doctr. chr.* 2, 13, 19 (CChr.SL 32, ed. Joseph Martin [Turnhout, 1962], 44-5): «*Sed quoniam et, quae sit ipsa sententia, quam plures interpretes pro sua quisque facultate atque iudicio conantur eloqui, non apparet, nisi in ea lingua inspiciatur, quam interpretantur; et plerumque a sensu auctoris devius aberrat interpres, si non sit doctissimus. Aut linguarum illarum, ex quibus in latinam scriptura pervenit, petenda cognitio est aut habendae interpretationes eorum, qui se verbis nimis obstrinxerunt; non quia sufficiunt, sed ut ex eis libertas vel error dirigatur aliorum, qui non magis verba quam sententias interpretando sequi maluerunt*».

18 *ep.* 71.4 (= *ep.* 104, 4 *inter Hieronymi*) (Alfons Fürst [ed.], *Augustinus- Hieronymus: Epistulae Mutuae-Briefwechsel* 1, Fontes Christiani 41 [Turnhout, 2002], 162-4): «*Ego sane mallem Graecas potius canonicas te nobis interpretari scripturas, quae septuaginta interpretum perhibentur. Perdurum erit enim, si tua interpretatio per multas ecclesias frequentius coeperit lectitari, quod a Graecis ecclesiis Latinae ecclesiae dissonabunt, maxime quia facile contradictor convincitur Graeco prolatum libro, id est linguae notissimae. Quisquis autem in eo quod ex Hebraeo translatum est aliquo insolito permotus fuerit et falsi crimen intenderit, vix aut numquam ad Hebraea testimonia pervenitur, quibus defendatur obiectum. Quod si etiam perventum fuerit, tot Latinas et Graecas auctoritates damnari quis ferat? Huc accedit quia etiam consulti Hebraei possunt aliud respondere, ut tu solus necessarius videaris, qui etiam ipsos possis convincere*».

Christiana 2, 15, 22, Agustín explica su idea sobre el origen de los LXX de la siguiente manera:

Para corregir cualquiera versión latina se ha de recurrir a las griegas, entre las cuales, por lo que toca al Antiguo Testamento, goza de mayor autoridad la versión de los Setenta, de los cuales es ya tradición de las Iglesias más sabias, que tradujeron con tan singular asistencia del Espíritu Santo, que de tantos hombres aparece solamente un decir. Porque si, como se cuenta y lo refieren hombres no indignos de crédito, que cada uno se hallaba separado de otro en celdas distintas cuando hacían la versión y nada se encontró en la traducción de cada uno que no se hallase con el mismo orden y palabras en las de los otros, ¿quién se atreverá a comparar, no digo a preferir, alguna otra versión, a esta de tal autoridad? Y si únicamente se entendieron para que de común consentimiento fuese una la voz de todos, ni aún así conviene, ni está bien que algún otro cualquiera, por mucha pericia que tenga, aspire a corregir la conformidad de hombres tan sabios y provecos¹⁹.

Basado en este origen milagroso, Agustín atribuía más autoridad a los LXX que al texto hebreo²⁰.

Además de esta razón teológica, debemos considerar una razón más, basada en la discusión en torno al «principio de comparación»: Agustín necesitaba una traducción no del hebreo, sino del griego, de forma que pudiera compararla con el texto original. Los lectores tenían que leer y comprender al menos dos lenguas para comparar el texto original y la traducción. Alguna persona en el siglo cuarto o quinto que hubiera podido leer la traducción latina, muy probablemente hubiera podido leer también el texto griego, sin embargo ninguno (o poca gente) en la Iglesia podía leer el hebreo mejor que Jerónimo en esa época («Añádase a esto que los judíos consultados pueden contestar a su vez con otra traducción distinta; en ese caso, tú serás el único que podrás convencerlos»). En otras palabras, Agustín quería que el texto del que se hiciera la traducción de la Biblia fuera el griego, para evitar el monopolio de aquellos que podían leer el hebreo, como Jerónimo, en el reino de la traducción bíblica, y conservar el «principio de comparación» abierto al público.

19 Cf. *doctr. chr.* 2, 15, 22 (CChr.SL 32, 47-8): «*Et latinis quibuslibet emendandis graeci adhibeantur, in quibus Septuaginta interpretum, quod ad vetus testamentum attinet, excellit auctoritas; qui tam per omnes peritiores ecclesias tanta praesentia sancti spiritus interpretati esse dicuntur, ut os unum tot hominum fuerit. Qui si, ut fertur, multique non indigni fide praedicant, singuli cellis etiam singulis separati cum interpretati essent, nihil in alicuius eorum codice inventum est, quod non iisdem verbis eodemque verborum ordine inveniretur in ceteris. Quis huic auctoritati conferre aliquid nedum praeferre audeat? Si autem contulerunt, ut una omnium communi tractatu iudicioque vox fieret, ne sic quidem quemquam unum hominem qualibet peritia ad emendandum tot seniorum doctorumque consensum aspirare oportet aut decet*».

20 Agustín da una explicación similar pero más sofisticada en *ciu.* 18, 43.

De hecho, en la misma carta, Agustín hace una valoración muy positiva de la «traducción» de Jerónimo del Nuevo Testamento, basado en el hecho de que Jerónimo lo traducía del griego, no porque lo tradujera del texto original (Agustín había entendido mal que Jerónimo había traducido tanto el Nuevo Testamento, así como el Antiguo Testamento, aunque en realidad Jerónimo solo había revisado las antiguas versiones latinas del Nuevo Testamento):

Doy muchas gracias a Dios por el trabajo de tu traducción del evangelio del griego al latín, porque casi siempre se halla sin tacha cuando consulto la Escritura griega. Si alguien pretende acusar de falsedad la traducción antigua, se le instruye o se le refuta con suma facilidad, con sólo mostrar y confrontar los códices²¹.

Aquí Agustín confiesa que había comparado la «traducción» de Jerónimo con el texto griego, y señala que los partidarios de las versiones antiguas latinas podrían ser fácilmente refutados al compararlas con el texto griego. Todas estas comparaciones eran posibles gracias a que el texto original estaba escrito en griego, y el «principio de comparación» funcionaba bien. Si Agustín hubiera estado siempre interesado en las traducciones del texto original, hubiera valorado la traducción de Jerónimo del Antiguo Testamento, basada en el texto hebreo. No obstante, como hemos visto anteriormente, Agustín señala con firmeza que los LXX deben ser el texto base para el Antiguo Testamento, porque en primer lugar, es un texto inspirado por el Espíritu Santo, y en segundo lugar, está escrito en griego.

No obstante Agustín no aplica su teoría de la traducción a los LXX. Como hemos visto, Agustín ciertamente consideraba la traducción literal como la más adecuada, no obstante, al mismo tiempo, tenía tanto respeto por la autoridad de los LXX, que no tenía otra alternativa, sino aceptar la traducción libre que se encuentra presente en la Septuaginta²². Es decir, tenía una actitud inconsistente hacia su propio principio de traducción, y hacia el principio de traducción de los traductores de la Septuaginta.

4.2. La respuesta de Jerónimo a la crítica de Agustín

A estas críticas de Agustín, ¿cómo respondió Jerónimo? Jerónimo propugnaba la supremacía del original hebreo, que él llamaba «verdad hebrai-

²¹ ep. 71, 6 (= ep. 104, 6 *inter Hieronymi*) (*Augustinus-Hieronymus* 1 [2002], ed. A. Fürst, 164-6): «Proinde non parvas deo gratias agimus de opere tuo, quod evangelium ex Graeco interpretatus es, quia et paene in omnibus nulla offensus est, cum scripturam Graecam contulerimus. Unde si quisquam veteri falsitati contentiosus favet, prolatis collatisque codicibus vel docetur facillime vel refellitur».

²² Cf. *doctr. chr.* 2, 15, 22 (CChr.SL 32, 48): «Quamobrem etiamsi aliquid aliter in hebraeis exemplaribus invenitur, quam isti posuerunt, cedendum esse arbitror divinae dispensationi, quae per eos facta est, ut libri quos gens Iudaea ceteris populis vel religione vel invidia prodere nolebat, credituris per dominum gentibus ministra regis Ptolemaei potestate tanto ante proderentur. Itaque fieri potest, ut sic illi interpretati sint, quemadmodum congruere gentibus ille, qui eos agebat et qui unum os omnibus fecerat, spiritus sanctus iudicavit».

ca» (*hebraica ueritas*), y no consideraba que los LXX tuvieran autoridad, porque era una traducción poco fiable²³. No obstante, como comentaba Agustín, los lectores de la traducción de Jerónimo no podían referirse al texto original en vista de que estaba escrito en hebreo. En su carta dirigida a Agustín (*ep.* 112, 20), Jerónimo resuelve con éxito el difícil problema de la siguiente manera:

Respecto al género de interpretación que hay que seguir para las Escrituras santas, lo explican el libro que escribí sobre *El mejor modo de traducir* y todas las *Introducciones* a los divinos libros que puse en mi edición. Y si, como dices, admites mi corrección del Nuevo Testamento y hasta expones las causas de tu benevolencia, a saber, porque son muchos los que conocen la lengua griega y podrán juzgar mi trabajo, esa misma integridad debías desear en el Antiguo Testamento, ya que yo no he inventado nada mío, sino que he traducido lo divino tal como lo he encontrado en el hebreo. Si por ventura dudas, pregunta a los hebreos²⁴.

Aquí Jerónimo pide al lector que crea en su traducción del Antiguo Testamento, si está satisfecho con la del Nuevo Testamento. ¿Cómo podrían el lector creer que su traducción del hebreo es correcta, sin saber ni una sola palabra de esa lengua? Jerónimo responde: ¡Preguntad a los hebreos!²⁵ Al igual que había hecho Cicerón, Jerónimo optó por asumir como su teoría de traducción la de la traducción libre, dependiendo de la comprensión de la lectura de los textos originales por parte del lector. Cuando los textos

23 Teppei KATO, «Jerome's Understanding of Old Testament Quotations in the New Testament», *VC* 67 (2013), 289-315, esp. 308-12. Jerónimo se negaba a ver los LXX como un texto autorizado por dos razones. En primer lugar, los LXX no eran de fiar porque los traductores deliberadamente habían distorsionado el texto original para adaptarlo a su propio concepto de divinidad, que no era otro que el mismo que tenía Ptolomeo. El segundo lugar, a pesar de que según la perspectiva cristiana, la importancia del Antiguo Testamento procedía del hecho que profetizaba el advenimiento de Cristo, los LXX no habían tenido oportunidad de conocer esta realidad y tradujeron el Antiguo Testamento antes del advenimiento de Cristo, sin saber lo que iba a pasar en el futuro. La valoración que hace Jerónimo de los LXX es también sostenida por Sarah KAMIN, «The Theological Significance of the *Hebraica Veritas* in Jerome's Thought», en Michael FISHBANE - Emanuel TOV (eds), *Sba'arei Talmon: Studies in the Bible, Qumran, and the Ancient Near East Presented to Shemaryahu Talmon*, Winona Lake, 1991, 243-53; repr. en *ead.*, *Jews and Christians Interpret the Bible* (2nd ed.; Jerusalem, 2008 [1991]), vii-xx.

24 JERÓNIMO, *ep.* 112, 20 (= *ep.* 75, 20 *inter augustinianas*) (*Augustinus-Hieronymus* 1 [2002], ed. A. Fürst, 224): «*Quod autem genus interpretationis in scripturis sanctis sequendum sit, liber quem scripsi "De optimo genere interpretandi" et omnes praefatiunculae divinorum voluminum, quas editioni nostrae praeposuimus, explicant, ad illasque prudentem lectorem remittendum puto. Et si me, ut dices, in novi testamenti emendatione suscipis exponisque causam cur suscipias, quia plurimi linguae Graecae habentes scientiam de meo possent opere iudicare, eandem integritatem debueras etiam in veteri credere testamento, quod non nostra confinximus, sed ut apud Hebraeos inuenimus, divina transtulimus. Sicubi dubitas, Hebraeos interroga!*»

25 Para una referencia similar a los «hebreos», Cf., *Praef. in Ps.* (*iuxta Hebraeos*); *Praef. in Sam. et Reg.* (= *Prologus Galeatus*); *Praef. in Ezra*; *Praef. in Pent.* Todos estos prefacios están incluidos en la *Biblia Sacra iuxta Vulgatam Versionem*, ed. R. Weber and R. Gryson (5th ed.), Stuttgart, 2007.

originales estaban escritos en hebreo, solo los hebreos podían comparar el texto original y la traducción. De este modo, Jerónimo señala que aquellos que no pueden entender el hebreo, deberían preguntar a los hebreos para que pudieran conservar el «principio de comparación».

No obstante, como en el caso de Agustín, Jerónimo no aplicó esta teoría de la traducción a la obra de los LXX. Básicamente consideró que era adecuada para sí mismo la traducción libre, mientras en términos de los LXX aceptó solo los versillos que habían sido traducidos literalmente para que pudieran ser leídos fácilmente. Por ejemplo, cuando hay una cita del Antiguo Testamento en el Nuevo Testamento, y el texto de los LXX está en desacuerdo con el texto hebreo, Jerónimo consideraba ambas citas como una traducción libre del texto hebreo, a la vez que rechazaba la versión de los LXX como una traducción mal hecha²⁶.

5. CONCLUSIÓN

En conclusión el presente estudio ha alcanzado los siguientes resultados: Al aceptar la opinión de Cicerón, Jerónimo básicamente añadió importancia a la traducción libre, y esperaba que los lectores de su traducción leyeran el texto original para hacer una comparación. Basado en su famosa afirmación, algunos han considerado que Jerónimo trató de traducir obras literarias libremente, pero solo la Biblia palabra por palabra. No obstante él de hecho, aceptó que la traducción libre podría servir como un método de traducción para cualquier clase de obra literaria, incluyendo la Biblia. Agustín, por otro lado, compartía el principio de comparación entre los textos originales y la traducción, pero prefería la traducción literal, de forma que los lectores pudieran hacer la comparación palabra por palabra, ya que tomaba en cuenta que la comprensión de los textos originales por parte del lector era muy baja.

De este modo, para Agustín, el texto original del Antiguo Testamento debe ser el de los LXX, que no solo era un texto inspirado por el Espíritu Santo, sino que también estaba escrito en griego. No obstante Jerónimo rechazaba la autoridad de los LXX, y por ello adoptó el texto hebreo como el original. Además, recomendaba al lector de sus traducciones que preguntara a los hebreos sobre la precisión de su traducción, ya que ellos tenían una avanzada comprensión de dicha lengua. En otras palabras, ambos, Agustín y Jerónimo, compartían la idea del «principio de comparación»; mientras el primero prefería la traducción literal para los lectores de bajo nivel, el segundo había elegido la traducción libre para los lectores de un nivel alto. Más aun, Agustín aceptó que los LXX era una traducción libre, aunque su propia teoría de traducción es completamente opuesta. Jerónimo por otro

26 T. KATO, «Jerome's Understanding», (2013), 300-308.

lado, pedía que la traducción de los LXX se hiciera de forma literal, mientras que él mismo adoptaba la traducción libre como su propio método²⁷.

(Trad. Enrique A. EGUIARTE B.)

Teppei KATO
Cincinnati, Ohio
USA

27 Quisiera agradecer al Prof. Adam Kamesar (Hebrew Union College, Cincinnati) por sus enseñanzas y por el apoyo que me ha dado. Agradezco también a Will Dilbeck y Sam Fuhrman por la lectura atenta de las primeras versiones de este artículo.